

El Correo Literario.

Periódico político, literario, industrial i de costumbres.

ILUSTRADO.

Año I.—Núm. 3.

Ajencia central Pasaje Búlnes n.º 47.

Julio 31.

Un juicio de Bolívar sobre Chile.

Cuéntase que el jeneral San Martín, cuando volvió a Europa en 1823, hablaba de la América, teatro de sus portentosas victorias, con cierto tono de desprecio i desagrado que no podía ocultarse a sus oyentes. Enumeraba minuciosamente los vicios i defectos de los americanos, refería uno a uno todos los errores cometidos por ellos en la revolución de la independencia, señalaba con toda detención los descarrios del pueblo o de sus candillos i acababa por reprobar con una amarguísima sonrisa en los labios el sistema gubernativo que habían adoptado. «Los americanos del Sur, decía San Martín, son como los monos; oyeron hablar de la república del norte, i sin mas quisieron tambien hacerse republicanos. Les sienta a ellos tan bien la república como podria venirles a los hotentotes.»

Mucho distamos de convenir en estas apreciaciones con el ilustre jeneral. Las apuntamos para que se las juzgue; mas no porque las aceptemos.

Cuando el jeneral San Martín hablaba de esta manera, hacia sin embargo una escepcion en favor de Chile, de este pais, el mas pequeño, el mas pobre, el mas atrasado sin duda de todas las colonias que acaban de declararse repúblicas independientes. El habia vivido algunos años entre nuestros padres, habia capitaneado sus ejércitos, intervenido en todos los negocios de gobierno, tratado con demasiada intimidad a todos los prohombres i se habia penetrado perfectamente del espíritu i tendencias de nuestra sociedad. San Martín hablaba con pleno conocimiento de causa; i cuando decia que el chileno era el único pueblo americano que podia constituirse con el tiempo en república, emitia un concepto demasiado lisonjero para nosotros; pero que era la espresion franca de sus sentimientos i la conviccion profunda de su espíritu.

Otro hombre eminente como San Martín, otro americano ilustre hablaba de Chile en términos semejantes. El no habia visitado nuestro territorio, conocia apenas a dos o tres de sus hijos, no tenia mas que una noticia imperfecta de los sucesos de nuestra re-

volucion, i hablaba de este pais con los mayores elogios. Este hombre era Bolívar. Si San Martín nos habia elojiado por convencimiento, Bolívar nos encomiaba por inspiracion. He aquí como.

En 1815, Bolívar proscripto de Venezuela, en donde la causa de la revolucion acababa de sufrir los golpes mas rudos, Bolívar, decimos se encontraba aislado en la isla de Jamaica, de propiedad británica. Allí se ocupaba en publicar artículos en los diarios ingleses para dar a conocer bajo su verdadero punto de vista el carácter i tendencias de la revolucion hispano-americana. En una memoria que escribió entónces, bosqueja a grandes pinceladas el movimiento revolucionario, espone sus ideas sobre cada uno de los países sublevados i da a conocer algunos de los grandiosos proyectos políticos que preocupaban su mente desde aquella época. El trozo que consagra a Chile no puede ser mas lisonjero. Es como sigue:

«El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situacion, por las costumbres inocentes i virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos los fieros republicanos de Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas i dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena, jamas se ha estinguido allí el espíritu de libertad: los vicios de la Europa i del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado: estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos i prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas i religiosas: en una palabra, Chile puede ser libre.»

Cuando Bolívar escribia esas palabras, la revolucion chilena, débil i vacilante en sus primeros cuatro años, habia sido sofocada i refrenada por el ejército español. Nuestros soldados no habian vencido todavia en Chacabuco i Maipo: eran apenas los héroes derrotados de Rancagua. Nuestros tribunales no habian osado declarar la independencia nacional: apenas habian enarbolado el estandarte tricolor que mas tarde condujo a la

victoria a los hijos de Chile. Las lisonjeras espresiones de Bolívar no eran, pues, la esplicacion de hechos consumados, sino solo la enunciaci6n de un pronóstico.

Ahora que han trascurrido cuarenta i tres años ha llegado el tiempo de averiguar si se ha cumplido ese vaticinio. Nosotros hacemos la pregunta; al lector le toca constatar.

D. BARROS ARANA.

Cosas de nuestra sociedad.

Nuestra sociedad tiene *cosas* como todas las sociedades de este mundo, i *cosas* por cierto harto desagradables. Entra Ud. a ella i entra tropezando, porque encuentra Ud. *casas* que le hacen tropezar en su camino. Si va Ud. a hablar, no falta alguno que lo deje con la palabra en la boca; i lo refuta a Ud. i discute antes de que Ud. haya pensado siquiera en discutir; por que estas son *cosas* de nuestra sociedad. Si se dirige Ud. a conversar a una hermosa que haya aprendido a conversar, le llena a Ud. la cabeza de *cosas* que ni se las soñaba Ud.; i sino tiene aquella gracia, es decir, sino sabe hablar, lo llena a Ud. de todas las impertinencias que bien podía Ud. habérselas soñado. Si Ud. no se entretiene en descuerar a alguien, no faltará quien se entretenga con Ud., que en esto de entretenerse con el prójimo, nadie como nosotros. ¡Que quiere Ud! *casas* de nuestra sociedad!

Hace pocas noches que me dió por aburrirme en ella un rato i aproveché un convite que tenia para asistir a un baile. Luego que entré al salon me diriji a saludar a la dueña de casa, a la que encontré sumamente disgustada, porque, me dijo, su intencion habia sido formar tan solo una reunion de confianza, i en un abrir de ojos se le habia llenado la casa de una infinidad de mozalvetes que jamas habia conocido, i que la habian obligado a acomodar, así, a la lijera, algunas cosillas con las cuales estaba sumamente descontenta.—Que quiere Ud., señora, la dije, son *cosas* de nuestra sociedad.

Luego de concluidos mis primeros cumplimientos con la dueña de casa, me diriji a buscar un individuo que me pusiese al corriente de las diferentes personas que componian la sociedad; i, sea dicho en honor de su perspicacia, ninguno quedó siquiera regularmente parado.

—¿Qué me dice Ud. de aquella hermosa niña, le dije, que pone con tanta gracia sus ojos, i que tiene tanto donaire para manejarse en su asiento?

—Yo le diré a Ud., me contesto: no vale nada: Tuvo ahora tiempo sus amorcillos con fulano, ese gran tunante que ve Ud. allí, i dicen. . . . ¿qué sé yo qué cosas; ello es que la muchacha tuvo mucho que perder, porque hubo sus hablillas i le atribuyeron ciertas cosas, que obligaron al mozo a dar esplicaciones, i a ella a oír misa todos los días, hasta que ha salido nuevamente a sociedad; i ya Ud. la ve cuan llena de respingos se manifiesta.

—¿I aquella otra que se encuentra tan cortejada i que parece pagarse tanto de sus gracias?

—Oh! esa es una riquísima viudita, la criatura mas halagüena que he conocido en mi vida, i mui *lineal* no hai uno que la pueda enredar ¡qué elocuencial! . . . si engaña a los hombres por docenas! Ahora le hace la corte ese viejo que está detras de ella: buenos desengaños le cuesta; pero como tiene plata no desespera, i continúa con su corazón de cabeza. Mucho se habló en otro tiempo de ella, i en sentido dudoso segun me acuerdo; pero triunfó alfin, i aquí la tiene Ud. toda satisfecha de sí misma.

—¿I aquella otra que le está haciendo señas en este momento?

—Ah! esa es el mismo demonio; el diablo mas enredoso que he conocido en mi vida ¿No me hizo creer esta criatura que se habia templado conmigo? Necio de mí! Despues que me hizo hacer las mayores locuras de este mundo, me mandó a pasear con viento frezo: Oh! si cada vez que me acuerdo que me puso una ocasion en ridiculo, únicamente por satisfacer un capricho, no sé cómo no me desmayo de cólera.

—Aquítese Ud.: son *cosas* de nuestra sociedad. Dígame Ud. ¿quién es aquel jóven que conversa tanto con la viudita?

—Aquel? un calavera, un hombre por casualidad, que debe a todo el mundo i que no paga a nadie, porque no tiene mas oficio que pedir prestado ¡i si Ud. lo oyese hablar de riquezas! . . . No sé porque parte dice que está su hacienda; su casa está tambien por otra parte: que nadie sabe: el otro día no mas, cuando que tuvo que desembolsar unos cuantos miles de pesos por una calaverada; i por último, concluye pidiéndole a Ud. un cigarro.

—Ya quedo perfectamente orientado, le dije, mediante a la bondad de Ud; voi ahora a conversar un rato con las niñas.

Se marchó mi cicerón a reunirse a sus amigos i yo me quedé contemplándolo.—No es posible, me dije, que este me haya

dicho la verdad; i acerté a preguntarle a uno de sus mismos amigos, qué tal sa-jeto era.

—Puff, me contestó, a ese no se le esca-pa ni el santo padre; es mui capaz de *con-tarse* así mismo si no encuentra a quien cor-tar. Ese no calla nada; si llega a saberle una a Ud., se la cuenta a todo el mundo.

—Ya me lo presumía, repliqué, i me di-rijí a conversar con las niñas. En lo mejor que platicaba con una, gritan polka i un galan se dirigió a sacarla a bailar. Ni me dijo siquiera: “Ud. dispense;” se tomó del brazo del currutaco i desapareció en remo-linos por el salon.

Luego escuché a otra que se estaba es-cusando de bailar polka, porque decia que su mamá se lo habia prohibido. Se me an-tojó preguntarle, que si su mamá le habia prohibido tambien que se casase: creo que me respondió una desvergüenza, no lo re-cuerdo bien; pero de lo que sí me acuerdo, es que le pareció mui importuna mi pre-gunta.

¿Qué clase de costumbre es esta, dije yo para mí, que aun no se estingue de nuestra sociedad? porqué hai madres todavia que ordenan a sus hijas que no ejecuten tal o cual baile, que importa lo mismo que cual-quier otro de los que bailan? qué mas tiene un valse, una polka, que una cuadrilla?... Pero ya se vé: son *cosas* de nuestra so-ciedad!

No quise esponerme a recibir mas res-puestas i me fuí a conversar con los hom-bres. Uno de ellos se me acercó diciendo:

—¡Qué malo es Ud.!

—Gracias, amigo mio, le contesté; pero crea Ud. que lo ignoraba: yo procuro ser lo mejor posible.

—Bonitos nos deja Ud. sienapre en sus artículos! nos dice Ud. incendios!

—Se equivoca Ud., mi amigo; Udes. son los que los dicen; yo no hago mas que co-piarlos.

—No ve Ud.? sienapre con la sátira.

—Que quiere Ud., amigo mio, así me criaron. I dejando a este quejoso, me puse a conversar con un literato que se hacia el pensativo echándola de filósofo.

Este se me quejó amargamente de las preocupaciones de nuestra sociedad; dijo que ninguna niña habia encontrado que le quisiese de puras fanáticas que eran todas; que ya estaba completamente aburrido, i que no se pegaba un tiro, por no tener despues que arrepentirse. Yo a cada ins-tante lo calmaba, diciéndole que esas eran *cosas* de nuestra sociedad, que no se suici-dase, que todos aquellos románticos de años

atras, que solo se ocupaban de hacer versos tétricos i de suicidarse todos los dias, es-taban ya completamente desengañados de la lesura que es andarse matando para dar que hablar, i que lo mejor que podia hacer, era volverse tambien preocupado i fanático como nuestra sociedad.

Por fin, aburrido de ver tantas ficciones i de escuchar tantas necedades, tuve a bien retirarme del baile, admirando cada vez mas las *cosas* de nuestra sociedad.

¡Está loco!

(Opúsculo.)

—Quédate así, Carlota, no te muevas. Tienen tus ojos tanta dulzura para mí, que al contemplarlos siento a mis penas marchi-tarse.

—¿Es verdad eso, Alfredo? I porque ahora es la primera vez que me lo dices?

—Porque siempre tus encantos habian embargado mi voz; porque ahora siento una cosa desconocida que parece anunciar-me la desgracia, pero que me dá valor. Mira, Carlota; jamas el sol de la felicidad habia iluminado mi frente, descolorida ya por las pesadumbres de mi vida; pero ahora siento en ella calor i es la fiebre del placer; tus ojos se posaron en mi frente i me siento feliz. ¿Sabes, Carlota, que yo te amo?

—¡Pobre Alfredo!

—Ah! sí, compadececs mi desgracia, no es eso? Cuando en otras ocasiones me de-jaba arrebatar por los recuerdos de la ni-ñez i lamentaba la ausencia de aquellos dias que ya no han de volver jamas i que forman una existencia aparte en la vida de los hombres, i tú escuchándome suspira-bas, Carlota, todos esos recuerdos embria-gadores, todas esas memorias de la primera edad, desaparecian veloces de mi mente, i ya no veía a nadie mas que a tí en las som-bras del pasado i en la embriaguez del pre-sente. Oh! déjame, Carlota, deja que aho-gue mi existencia en la fuente pura de tu amor!

—Alfredo, no te comprendo ¿qué signi-fica lo que me dices?

—Ah! nada, Carlota; mi desgracia so-lamente.

—Pobre amigo mio: creí por un mo-mento observar incoherencia en tus pala-bras i que tus ojos vagaban distraidos. Tiende la vista a tu pasado, Alfredo; en cántame con los recuerdo de tus primeros años ¡tienen tanta poesía; hai tantas imá-jenes i tan bellas, sembradas en esos cami-

nos matizados de *violeta* que recorriste en otro tiempo!

—¿Que torne mi vista al pasado? Sabes, Carlota, cuando hai necesidad de vivir en el pasado? ¿cuando se hace a un lado el presente para buscar, lo que en él no se encuentra, en esos otros momentos que ya pertenecen al olvido? Cuando el infortunio ha envenenado hasta el aire que se respira; cuando el desengaño presenta a cada instante a nuestra vista fatigada la verdad amarga i cruel; cuando la existencia es un infierno, i el goce la amargura del dolor. Entónces, Carlota, volvemos la vista al pasado i procuramos encontrar, en aquellos dias que ya fueron, en aquellas auroras que ya brillaron, en aquellas cenizas apagadas de los primeros engaños de la vida, el consuelo que no encontramos, la tranquilidad que ya no divisamos en el porvenir. I tú me dices que me refugie en el pasado!..... ah! gracias, Carlota, gracias!

—No, amigo mio, nó: creía que tu existencia no fuese amarga: yo he escuchado la confesion que me acabas de hacer, sin pensar que me dijeras la verdad. Ahora comprendo que tu dicha está cifrada en una sola palabra de mis labios. Pero ¡ai! Alfredo, si hace poco te pedía que encantases mis horas, que siento deslizarse tan amargas, evocando tus dulces recuerdos del pasado, ahora te pido que no los traigas a la memoria; pero sé que has de tornar a ellos sin necesidad que nadie te lo suplique, i esto ya me hace sufrir.

—Sabes, Carlota, que siento mala mi cabeza? Mi imaginacion no se sujeta en un solo punto: no sé lo que me acabas de decir: solo he sentido en mi corazon la dulzura de tu voz, pero se me ha escapado el consuelo de tus palabras: sí, porque tu has querido consolarme, sin duda. Repíteme, Carlota, lo que me acabas de decir.

—Vamos, Alfredo, hablemos de otra cosa. Tu padeces i me haces sufrir a mí tambien.

—Sí, hablemos de otra cosa. Mira, Carlota, ¿qué bella es la vida, no? ¿cuantos encantos no presenta al corazon jóven! cuanta poesia no hai en la flor que abre su cáliz al rocío de la mañana! cuan hermosa se pone algunas horas despues, cuando viene a robarle sus perfumes la brisa de la tarde! como gusta dejarse adormecer en medio de las suaves armonías del mundo! Cuantos placeres a un paso no mas de nosotros!... ¿No es cierto que es preciso ser mui necio para no ser feliz en este mundo, Carlota?

—Tus palabras, Alfredo, tienen un tinte raro de melancolía: parece que en tu frente

se descubren las huellas de algun sufrimiento horrible. Alfredo, no es cierto que es preciso ser necio para no ser feliz.

—Entónces será preciso ser mui desgraciado para no ser dichoso. ¿Pero qué puede en esta vida ocasionar un hondo infortunio? Las pasiones? Seria entónces preciso que se desterrasen de nosotros las comodidades i que se trasformase el corazon de la mujer. Ya no inquieta el amor desde que nadie ama.

—Alfredo!.....

—Yo no digo que tu no seas una excepcion, Carlota: mañana, hoy tal vez, puede suceder que ames; puede suceder tambien que te juren amor: tú entónces crearás, porque querrás creer, porque tendrás necesidad de creer i darás tu mano de esposa i... serás feliz. Si yo te he dicho que te amo, Carlota, olvídale: yo no puedo ser dichoso i tú no debes ser desgraciada. Ten confianza en tu porvenir, Carlota; talvez no está distante el dia en que ciñas a tu frente la corona de azahares.

Alfredo se levantó en este instante del sofá donde estaba reclinado, tomó su sombrero i salió sin despedirse.

Carlota lo vió marcharse i sus ojos brotaron algunas lágrimas. Alfredo le habia dicho la verdad. Carlota iba a casarse en esos dias! Con el corazon despedazado habia accedido a los deseos de sus padres, porque era débil, porque su intelijencia no habia podido penetrar en los sinsabores del porvenir, porque habia sido sitiada por la ambicion mezquina de aquellos. Alfredo lo sabia todo i la fuerza de su último amor habia hecho estallar sus sentimientos.

Una semana despues de la conversacion presedente, Carlota, perfectamente alhajada, aguardaba en los estrados de su casa la venida del sacerdote para recibir la bendicion nupcial. Una hora mas tarde ya estaba fijado su destino i recibia las felicitaciones de sus numerosas amigas. En ese instante, a pesar de su tristeza resplandecía de hermosura. Todos los semblantes respiraban alegría i el contento se animaba por grados.

De repente volvieron todos el rostro a conocer una persona que llegaba. Carlota se volvió tambien i miró a Alfredo que se mantenía parado a la puerta del salon vestido completamente de negro.

—Alfredo! murmuró i se puso pálida.

Alfredo se acercó a ella i le dijo:

—¿No seís vos la novia, señorita? Ah! que seáis feliz!..... Tomad: en esta flor va enredada mi esperanza, i aunque para vos nada significa, para mí..... sí... yo amé... ..i...no puedo encontrarla!.....

Se dirigió entonceó al piano i empezó a producir sonidos incoherente i a murmurar palabras sin sentido. Luego suspiró i se alejó lentamente echando una mirada a Carlota: una mirada tan vaga i tan triste como un recuerdo doloroso.

— ¡Está loco! exclamaron todos; i efectivamente, la razon de Alfredo se habia trastornado.

* *

La tarde.

Qué cielo tan bello ¡qué tintes tan suaves!
Cambiantes de sombra, mosaico de luces.
Guirnaldas anudan, rosados celajes
I sueltan vellones blanquísimas nubes.

Parece que rompen el lienzo del aire,
Cubriendo su masa de ténue vislumbre,
Los montes excelsos que en fúnebres bases
Apoyan sus cerros i afirman sus cumbres.

El rio que en piedras deslinda su cauce
Estiende i agrupa sus olas azules;
I empújense, recua de yeguas a escape,
Botando la espuma que el choque produce.

Qué bien estos ruidos a mi alma le saben!
Las nubes se pinten, las aguas murmuren.
Pais de colores, dejad que me extásie!
Un mundo de artista mis ojos descubren.

Dejad que llegando la plácida tarde
Con libres pulmones respire el salubre
Aroma, que el viento recoge del valle
I en frescos espacios las auras sacuden.

Crítique el tartufo i el clérigo rabie.
Las almas que piensan, las almas que sufren,
En fúnebres templos no encuentran a nadie.
Lo que es infinito en cielos se busque!

Por eso a esta hora, de redes infames,
El alma divina, la malla destruye;
I alegre batiendo las alas del ángel
Por atxésis vuela i en cánticos sube!

Quién piensa se eleva: quién goza decae!
Feliz quién obtiene del alma el perfume!
Felices los sabios, los sabios son grandes;
Que Dios i la ciencia se atraen i se unen!

Lo bello i lo eterno, gemelas verdades!
Comienza en Dios uno i el otro concluye!
Divina es la ciencia, divino es el arte!
Enzalan sus almas los hombres que duden.

En esas alturas, que engarzan, gigantes,
En picos de nieve, cendales de nube,
El fuego, que muda del orbe las fases,
Por antros ocultos voraz se difunde.

Dejad que sus nervios de llama se alarguen,
Por tubos de roca dejad que circule;
Mañana aparecen rubíes, diamantes,
I a pingues tesoros su rastro conduce.

Mañana! en esfluvios, a quiebras salvajes
I a estériles tierras calor distribuye,
I ciñe las cuestas de plantas audaces,
I enciende volcanes en áridas cumbres.

El fuego destruye i el fuego rehace!
Del duro granito las masas que funde,
En manos del hombre i en manos del arte,
Son piedras que exhibe, son mármol que pule.

Quién cuenta del orbe las muertas edades?
Quién almas con almas enlaza i confunde?
El fuego que empapa las almas amantes,
El fuego, que cifras en montes esculpe!

Así todo muere i así todo nace!
Así mueve mundos unánime empuje;
I el perno en que gira la rueda inefable
Amor! siempre dice, ya avanze o recule!

Idioma que espresan, en trinos las aves,
El agua, en susurros variados i dulces;
En notas dispersas los montes i valles,
En himnos callados las almas que sufren!

Idioma del mundo, bendito lenguaje,
Que en letras divinas los cielos traducen;
En mi alma esas letras por siempre se graven,
I en ellas creencias mi mente se busque.

Lo bello i lo eterno, lo bueno, lo grande,
Allí se alimente i allí se fecunde;
I el arte que brota semillas vivaces,
Con agua las riegue que nunca se enturbie!

Vigor i enerjía que el triunfo no es fácil.
La muerte que acecha lo eterno descubre!
Quien ame i anhele, padezca i trabaje.
Así de la vida las leyes se cumplen!

GUILLERMO MATTA.

Serenata.

Abre, niña, tu ventana,
Contempla la luna hermosa
Mi querida,
I de tus labios de grana

Una sonrisa amorosa
Trae prendida.
La noche está bella, pura
Suave aroma con su aliento
Te regala,
I para tí de ventura
Por mí fíra un pensamiento
Se resbala.

Sal i mira a las estrellas
Que tímidas resplandecen
En su manto,
I al fijar tu vista en ellas
Piensa ; ¡aí ! en los que padecen
Por tu encanto.

Si, mi maga encantadora,
Solo un recuerdo te pido,
Vagaroso,
Que al ver tu faz seductora
Diré a tu mirada asido,
Soí dichoso.

No es el mio cual tu canto
Que cuanto hai de dulce encierra
I enamora,
Que no tiene poder tanto
Ningun poeta en la tierra,
Mi señora;

Mas en plácidos cantares
Te contaré dulcemente
Mis amores,
I bañaré tus altares
Con el suave i puro ambiente
De mil flores.

Murmura el aura liviana
Tristemente las querellas
Que te envío,
Abre al fin, pues, tu ventana
I avergüenza a las estrellas,
Amor mio.

J. A. Torres.

CONFIDENCIAS DE Mlle. MARS

COLECTADAS POR

Mme. Roger de Beauvoir

I traducidas para el CORREO LITERARIO.

CAPITULO I.—LA SORTIJA.

I.

En una noche del mes de setiembre, estábamos, ELLA i yo, en su elegante salon de Chantilly. ¡ELLA, es decir una de esas deliciosas criaturas de que Dios es tan avaro ; un compuesto de gracias, de distincion, de espíritu i de sensibilidad ; una de

esas raras inteligencias que vienen al mundo para prosperar i encantar ! ¡Naturalezas privilegiadas que no conocen los límites de la lucha ! felices naturalezas, para quienes todo es fácil i que no tienen que arrostrar las decepciones. ni los dolores del amor propio, ni la miseria triste i rechazante cortejo de la vida de artista.

Colocada sobre la escena del mundo aristocrático, la mujer de quien hablo hubiese sido la gran señora de su tiempo. Destinada al arte llegó a ser soberana. Su trono fué de aquellos que la mano de los hombres no puede conmover ni destruir, i que quedan de pie, cuando los otros se desploman en las tempestades sociales, i no son mas que ruinas i polvos !

El cetro de esta mujer era su gracia i su sonrisa ; se coronaba con su jenio i tenia por cortesanos la admiracion i el amor de la multitud embriagada ; su voz encantaba a los mas insensibles, sometia a los mas rebeldes, i se hacia escuchar de esta manera durante los risueños i largos años de su soberania indisputable. ELLA reinó en Paris. Lo que un emperador i un rei no pudieron alcanzar por la fuerza de las armas, someter i guardar a Paris, este grande inconstante, ELLA lo obtuvo por el irresistible atractivo del talento.

Así pasó en su camino luminoso esta reina del arte, que talvez el lector habrá nombrado ya. Su vida no fué mas que una perpetua sonrisa i una prolongada victoria. ¡Aderables triunfos que se obtienen sin contar una lágrima.

Viéndola así, reclinada negligentemente sobre una gran poltrona de la forma de Luis XV, la cabeza apoyada en su mano blanca i fina, la mirada absorta, el labio sonriente, hubiera sido imposible determinar una edad a este conjunto delicioso.

No era su fisonomía la de una joven ni la de una vieja ; tenia algo de fino i seductor como un pastel de Latour ; quizás se notaba que el tiempo la habia tocado con sus alas, pero lijaramente i como temeroso de destruir una obra tan encantadora de la naturaleza i del arte, porque, en ese rostro, habia la entereza i frescura de una eterna juventud.

Aquella que intento describir databa, en efecto, del otro siglo, sin haber perdido su gracia primitiva en la primavera de su vida. Celimenes dijo aturdidamente, su edad, el eco habia repetido la imprudente confesion ; pero ¿quién al mirarla podia recordarla ? En cuanto a ELLA, descuidada, desde mucho tiempo lo habia olvidado. La vida de una mujer se divide en tres partes ; la primera está consagrada a comprender, la segunda a experimentar i sentir, i la tercera a lamentar.

ELLA se hallaba aun en la segunda ; ¿Los ojos de su corazon miraban el pasado de aquella tarde ? Lo ignoro, pero habia en toda su persona cierto abandono i arrobamiento que me conmovieron cautivándome ; muda i atenta esperímenté al mirarla no sé que placer indefinible.

Aunque la intimidad que reinaba entre nosotras desde muchos años me diese todos los dias la ocasion de detener mis miradas sobre su fisonomía, el arrobamiento que veías esparcido en ella la iluminaba de un suave resello que me la hacia mas querida. Las facciones eran de una esquisita pureza i su cara formaba un conjunto de lo mas distinguido ; el espíritu al lado del candor, la finura de la inteligencia unida a la serenidad. Sobre ese rostro el ojo de la envidia podia talvez descubrir una arruga lijera ; pero el abate Chanlien, al apercibirla hubierá repetido lo qué decia de Ninon de Lenclos.

«En esta arruga el amor se detiene i se recrea»

¡Yo creo más bien que aquí el amor habrá debido detenerse en el corazón!

Una poética palidez daba un vivo brillo a la expresión de sus ojos. Su porte noble i elevado, aun que un tanto pronunciado, a la manera de las estatuas griegas, habia conservado toda la elegancia de la primitiva juventud.

Cada uno de sus movimientos se hallaba impreso con tal distinción, que revelaba los hábitos del gran mundo i la ciencia de las conveniencias sociales. Su brazo i espaldas tenían una belleza de contornos capaces de hacer delirar a un pintor o a un discípulo de Phidias; el marfil de sus dientes, los mas regularmente bellos que haya visto, iluminaban su semblante. Su sonrisa era la inmortalidad de su juventud.

Semejante mujer estaba formada para inspirar todavía profundas pasiones. Ella no habia querido o no habia podido envejecer. Su fisonomía obedecía tan fielmente a su corazón, que se podía con facilidad seguir en ella todas las impresiones de su alma. Su alegría, porque era alegre, no tenía por causa ni la indiferencia, ni el gusto de la burla, ni el olvido de las tristezas humanas, ni la frialdad de una malignidad caustica. Jamás habria sacrificado un amigo ausente a los fuegos del espíritu. Ese contento, que todos admirábamos en ella, tenían su origen en los dones mas amables de la inteligencia, de la imaginación i de la tranquilidad de la conciencia. El elogio la hacia envejecer i solo a duras penas se atrevía a hablar de sus triunfos. Jamás el candor fué mas verdadero, nunca hubo un juicio mas sano que el suyo, jamás existió un carácter mas recto, mas leal. Despreciaba el charlatanismo, porque según ella, es la escala por donde se elevan las mediocridades ambiciosas.

El nombre de la señorita Mars completará este bosquejo.

Si algunos encontrasen en este retrato los colores un poco vivos de la juventud, les advertiré que yo veía entónces a la señorita Mars con los ojos de una jóven para quien la vejez no existe. En una palabra, ella era una mujer i no una fecha. Solo los viejos denuncian la vejez.

Hacia ya algunos instantes que me hallaba absorta en una contemplación llena de encantos; ella se aperció de esto i me dijo con graciosa sonrisa:

—¿En que pensabais?

—En vos, la respondí.

—¿En mí?

—¿Que hallais en esto de sorprendente? Viéndolos así arrobada i silenciosa, me preguntaba ¿hacia que época del pasado dirijais vuestros recuerdos?

—Teneis razón ¡bien! sí, pensaba, en efecto, en el tiempo que ya no existe.

Ella suspiró.

He visto mucho, continuó, he observado las costumbres de mi tiempo, i en mi memoria existe mas de un hecho curioso, mas de un carácter singular, mas de una aventura picante; mas de una historia dramática pueden reunirse i revivir.

¡Vuestros recuerdos! exclamé: Oh! que libro tan encantador!

—Que querrias hojear, curiosa, me replicó con afecto.

—Sí, me atreví a decirle.

—Si así es, i no teneis otra cosa mejor que hacer, i quereis escucharme esta noche, desprenderé de mi vida algunos de esos recuerdos para divertirlos i contentaros, mi querida niña. Pero os prevengo que estas no serán falsas confidencias.

Me acerqué a ella con un gozo inexplicable. Mis ojos, mi boca, mis oídos, todo en mi escuchaba.

—Mirad, me dijo, mostrándome un magnífico diamante que brillaba en su dedo, voi a contaros la historia de esta sortija. Oh! no esperéis un drama complicado i terrible, una trilogía que termina por el veneno o el puñal, como es de moda en el día. Esta es una historia sencilla i no acabada, una comedia sin desenlace.

En 18... representaba yo el rol de la señorita de Beauval en la comedia de «Brucis i Palaprat.» En pocas palabras, he aquí el análisis de la pieza: «Brucis i Palaprat» se encuentran en la situación mas crítica; la comedia del «Regañon» su única esperanza, acaba de ser silbada. ¿Qué será de ellos? Que hacer? Como apagar el hambre de ese ser que se llama el acreedor? Ya el alguacil Mr. Grapin llama a la puerta armado de la sentencia de prisión, entra, ya ha entrado....

A su voz la musa que consolaba la pobreza de nuestro dos amigos, se espanta i se vuela. La prisión va a abrirse arrastrando en pos de sí su amable jenio i su alegría. Ya Brucis se halla prisionero. Una mujer, un ángel de bondad, viene en ayuda de los dos poetas: es la señorita de Beauval, la encantadora cómica; como ellos, ella tiene deudas; pero le queda un diamante de gran valor.

—Tomadle, dice a Palaprat, que ha quedado libre. «Feliz de haber podido salvarle del naufragio ¿Podia yo guardarlo para mejor uso?»

Aparece entónces el Duque de Vendome, que llega al desenlace como el *Deus ex machina*; trae la libertad de Brucis, i vuelve así a la casa de los dos poetas, la libertad, la abundancia i el contexto. Lo que el diamante de la señorita de Beauval habia comenzado, la jenerosidad del Duque de Vendome lo termina.

Como veis esta pequeña intriga es muy sencilla, lo que no impidió que obtuviese un gran suceso. La noche de la representación de Brucis i Palaprat, el director, como es de costumbre, me entregó el diamante que debia salvar a los dos amigos. Era un pedazo de vidrio groseramente cortado, colocado en un anillo de cobre. Yo lo tomé sin prestarle atención i lo volví a un sirviente del teatro.

(Continuad.)

HISTORIA DE LA SEMANA.

En esta época la política llama con frecuencia a la puerta del periodista, lo sitia, lo estrecha, lo rinde, ni mas ni ménos que la mayoría a la minoría de la Cámara de Diputados. No hai, pues, como zafarse de la política; i así como los conservadores tienen que resignarse a la trampa en que han caído, i los liberales seguir resignándose por toda una eternidad a las trampas en las que los han metido i los seguirán probablemente metiendo todos los gobiernos, así nosotros tenemos que resignarnos a hablar sobre las enojosas cuestiones del día.

Ya nuestros lectores saben la suerte que corrió el lacónico proyecto de reforma de la Constitución, i habrán lamentado la prematura pérdida de este nuevo hijo de la oposición destinado a grandes destinos. Nació, dió un bostezo i murió. Ha tenido la misma suerte de nuestra libertad. ¡Que la tierra le sea leve!

El gobierno ha dicho como el padre de las *Verdades amargas*:—Oh! Chile mío! no hai otro amor verdadero que el paternal! Yo soi tu padre, ven a mis brazos!—I en efecto, con una efusion verdaderamente amorosa i tierna le echó los brazos al país i se lo encajonó. La oposicion andaba tras de la misma diligencia, pero como era cortejante i no padre, i el amor de los amantes ha resultado ser es pura especulacion, tuvo que quedarse como se ha quedado siempre, llena de promesas, de manifestos, de desengaños i con la boca abierta. El proyecto de reforma de la Constitucion, era en sentir de la mayoría de la Cámara, una de esas falaces promesas de los amantes, i como ella es una rama del padre, debia cuidar de que no se perturbase la tranquilidad de este, i desvaneció la ilusion. La mayoría de la Cámara es, pues, una verdad amarga, pero es una gran verdad. Aun que la minoria no deja tambien de tener su verdad i nada dulce por cierto; la de estar condenada a saborear los triunfos de sus derrotas.

El gran proyecto de que tratamos, en vez de pasar a comision, como lo habia ordenado el presidente de la Cámara en conformidad con el reglamento, pasó a la eternidad, que viene hacer lo mismo. Nuestros lectores están impuestos de cómo fué este *pasamiento*; pero acaso no se han fijado en una circunstancia que forma la parte cómica del negocio i que debe de llamar mui particularmente la atencion.

Una vez mandado pasar el proyecto a comision, para anularlo sin el informe de esta, era necesario que el presidente de la Cámara se pusiese voluntariamente en tela de juicio i sometiese su pasada conducta a la consideracion de la Cámara: mas claro; era necesario que formulase i sometiese la indicacion siguiente:—Declare la Cámara si mandando pasar el proyecto a comision, procedí como hombre de juicio i segun conviene, o si cometí un desacuerdo (no se dice desatino por ser la espresion dura) que seria prudente enmendar. He aquí la proposicion indispensable, fatal, para que el proyecto viniese a tener la suerte que despues le cupo. La sana moral nos aconseja que debemos sacrificarlo todo a los intereses de la patria, i la proposicion, aunque era durilla, no habia otro camino que aceptarla. ¡Qué no puede el patriotismo!

El presidente, pues, hizo la anterior indicacion, i la Cámara resolvió que su señoria habia obrado mal efectivamente, i que el proyecto debia volver a sus autores para que tornase en forma. Esto no debe asombrarle a nadie, porque el penitente que confiesa públicamente sus errores, a mas de asegurar la salvacion eterna, asegura tambien entre nosotros su salvacion en el mundo.

Esta devolucion del proyecto para que tornase en forma, importa, como es fácil suponerlo, un *Camarazo* en regla, si tienen sus autores el candor de presentarlo nuevamente con mas renglones i ménos oscuro. Pero como

estos habian ya cumplido su objeto i no tienen la mejor voluntad para pasar por sonesos, no presentaran otra vez el proyecto; i continuarán con la mayoría en la misma fraternal inteligencia en que hasta el dia han continuado.

Vamos ahora a desvanecer las penas de su señoria el presidente de la Cámara. Es natural que S. S. haya experimentado un gran dolor al considerar que habia obrado mal en un asunto tan grave; i esto no es posible dudarlo desde que pidió su reparacion a la Cámara. Pero consuélase su señoria, que al ménos esta vez no hai fundamento para apenarse, porque obró en su derecho i acertadamente. Su señoria debe ser mui escrupuloso, i esto es un gran inconveniente en un hombre público que está en un puesto donde es mui conveniente equivocarse algunas veces. Va a ver su señoria que no ha sido tan desgraciado como se lo ha hecho creer con satisfaccion suya la Cámara.

Se alegó que el proyecto no estaba en forma porque no determinaba los artículos que debian reformarse; como lo ordena la Constitucion.—El proyecto estaba en forma porque la Constitucion no ordena tal cosa. He aquí el artículo a que se ha hecho referencia.

«Art. 165—Ninguna mocion para reforma de uno o mas artículos de la Constitucion, podrá admitirse sin que sea apoyada, a lo ménos, por la cuarta parte de los miembros presentes de la Cámara en que se proponga.»

¿Donde está eso de que deben determinarse los artículos? Dice uno o mas, pero esta no es condicion para que deba admitirse el proyecto; la condicion única que determina, es que sea apoyada, al ménos, por la cuarta parte de los miembros presentes. Si los lejisladores de entónces hubieran querido ponerle esa segunda condicion que sofisticamente se ha alegado, habrian formulado de esta manera el artículo:—Ninguna mocion para reforma de la constitucion podrá admitirse, sin que sea apoyada, a lo ménos, por la cuarta parte de los miembros presentes de la Cámara en que se proponga, i sin que se determinen los artículos que se quieran reformar.—Entónces sí que envolveria el artículo dos condiciones; pero como se encuentra en la constitucion i como lo entiende todo el mundo, solo envuelve una, i nada mas que una, el apoyo a lo ménos de la cuarta parte de los miembros presentes. Esto es tan sencillo, tan claro, que el señor presidente de la Cámara, ántes de ponerse en tela de juicio, debia haber buscado su consuelo en la misma lei fundamental.

Hai aun otra consideracion de peso i demasiado grave, que no comprendemos cómo pudo escaparse a los que sostenian la constitucionalidad del proyecto. Si realmente el artículo citado envolveria esas dos condiciones, claro es que jamas podria reformarse toda la constitucion, sin que fuera necesario previamente infringirla. Las situaciones, las costumbres, las necesidades de los pueblos, van sufriendo periódicamente variaciones sustanciales, i pretender amoldar a todas las jeneraciones a un

código dictado en una época atrasada i de conflictos, es pretender el absurdo mas inmenso. Que! se figuraron acaso los autores de la constitucion, que las jeneraciones venideras se habian de componer de pipiolos tan desatornillados como la mayor parte de los de entónces, i de pelucones tan ambiciosos i retrógados como muchos de ese tiempo? Si no es posible suponer que hayan querido la infraccion previa de la Carta para que pudiese reformarse, tampoco es de suponerse que hubiesen tenido la fatuidad de dictar un código inmortal por su perfeccion, amoldable a todas las épocas. En tal caso i si tal fuera, seria necesario divinizarlos.

Mas, aun; si hubieran querido hacer imposible la reforma de la carta, habrian tácitamente autorizado una revolucion, que habria tenido efecto mas tarde o mas temprano, pero que habria tenido efecto. En algun tiempo será necesaria, quien sabe, la reforma de toda la constitucion; i prohibiendo ella esta reforma, el Gobierno, que debe velar por el cumplimiento de las leyes i sostenerlas a todo trance toda vez que se quieran violar, tendrá que echar mano de las armas i hacer retrogradar al pueblo a balazos, o perecer bajo las ruinas de la constitucion. ¿! puede pensarse por un momento que aquellos lejisladores hubiesen querido semejante barbaridad? Cualquiera se sonrojaria a sostenerlo.

Ya vé, pues, el presidente de la cámara que no anduvo tan desacordado al mandar pasar el proyecto a comision, i que solo un refinado escrúpulo de conciencia le ha hecho volver sobre sus pasos i obrar doblemente mal: primero: haber hecho declarar a la cámara que habia obrado mal habiéndolo hecho bien; segundo: declarando inconstitucional el proyecto.

Pero en fin, ya murió i ténganlo en gloria sus autores.

Pero es triste cosa pensar que una parte de los representantes del pueblo, no puedan hacer nada en favor de los intereses del pais, porque sus voces, sus deseos son sofocados. ¿Qué pueden contra el número? Cuando ellos presenten un proyecto no digan: lo sometemos para que su aprobacion a la consideracion de la cámara; sino: aquí os presentamos este infeliz para que le ajustéis la mortaja de los difuntos.—Por esto me hizo gracia el otro día un cadoroso que lleno de satisfaccion me dijo: ¿Como me voi a divertir con los debates a que dará lugar la reforma de la constitucion! Ya quiero ver como van a arreglar el artículo quinto!—Este me hizo recordar a aquel opositor medio-leso, que en las votaciones de municipales, en las que empezaron a votar todavia con noche los ministeriales i que ningun opositor quiso votar por no ponerse en ridiculo i porque ya no cabian mas votos en las cajas, en la mesa de San Lázaro se me acercó con mucho misterio, i como me viese cara de opositor, me dijo al oído i estirando el pescuezo:—¡... cómo va la cosa?—Al prin-

cipio creí que era ministerial i que me venia a hacer burla, i por nada le di un palo (que ojalá se lo hubiera dado); pero reparando luego en su individuo i no encontrándole facha de gobierno, juzgué que era uno de esos opositores que forman la cruz del partido, i le contesté con mucha amabilidad:—perfectamente para Ud. mi amigo.—¿Como para mí me replicó asustado.—Porque a todos los miembros de su familia de Ud. los están haciendo cabildantes, le dije algo amostazado.—No me comprendió, porque este opositor no comprende nunca nada; pero otro le esplicó la frase i exclamó con mucha inocencia:—¡Así saldrá el cabildo!

Es pecar de leso tomar a lo sério los debates de la cámara de diputados, pues no pasan de ser escaramuzas mas o mévos acaloradas, que ya todos sabemos en lo que vienen a parar. ¡Votacion! he aquí la palabra fatídica que paraliza la sangre en las venas de los opositores, i paraliza los discursos i lo paraliza todo, porque es necesario que todo se paralice para marchar uniforme por la senda de la mayoría. La cámara para ciertos representantes, es un teatro de declamacion donde van únicamente a ejercitar la oratoria i a representar al *de por ver* los intereses de sus comitentes. Tanto mejor para ellos, puesto que así no arrastran compromiso ni tienen en ningun tiempo que ser responsables de sus ideas, porque nadie les hace juicio.

Esta semana se ha iniciado una cuestion importante, i que por su orijinalidad se hace mas importante todavia. Se ha tratado de sacar en limpio, si la lei de presupuestos, es lei, o no es mas que un cuaderno con números. Hai quien opina que esa lei, no es lei, sino que son los gastos de la administracion. A este no lo pudimos entender.—Otro dijo que era lei, pero que no era lei; sino una lei donde figuraban otras leyes.—A este lo entendimos menos.—Otro, que era una lei que tenia partidas de gastos de la administracion, i que por lo tanto no se presentaba para que se sancionase, sino para que se revisase.—A este lo entendió la mayoría.—Otro, que era una especie de lei con partidas, de las que no se podia rebajar nada, pero que podian por decretos supremos alterarse.—A este no le entendió el diablo.

¿En qué quedamos? El presupuesto es una lei? Déjese que se discuta a voluntad de los representantes del pueblo. No es lei?—No se presente entónces al congreso i llévase a la contaduría mayor donde estan los empleados que paga la nacion para que revisen cuentas, i pónganse allí el visto bueno.

Con mas fundamento podria sostenerse que nuestra república no es república, porque si uno se fija en las elecciones, i en la justicia, i en las clases privilegiadas, i en la soberanía, i en la libertad, i en nuestro republicanismio i..... viene a sacar en limpio que muy bien puede tener razon quien tal sostuviere. Pero negarle a la lei de presupuestos su carácter de tal, es pretender hasta destruir el idio-

ma español; porque si la *lei*, no significa *lei*, a no ser que signifique arbitrariedad o disparate, no sabemos qué pudiera significar.

Hemos oído leer esta semana en la Cámara de Diputados, una solicitud de los empresarios del teatro municipal; para que se les conceda una subvención a fin de poder sostener el teatro que de otra manera sería imposible que subsistiese. Apoyamos con convicción esta solicitud, porque esa subvención la creemos indispensable para el sostenimiento de un teatro que demanda fuertes gastos i del que no es posible que se prive a la sociedad.

Fijense los señores diputados en lo que sucede a este respecto en todos los pueblos de Europa en que hai teatros. Convencidos aquellos gobiernos de la utilidad de los espectáculos teatrales para la sociedad, subvencionan a todos los teatros con no pequeñas cantidades que se les entrega anualmente. Véanse los presupuestos de la Francia (i es de advertir que en Francia los presupuestos son leyes) i se encontrará gruesas partidas destinadas a sostener los teatros que no son pocos. I esto, a pesar de la constante numerosa concurrencia que asiste siempre a los espectáculos. ¿Con cuanta mayor razón no debe subvencionarse entre nosotros, al único teatro decente que cuenta la capital? Miráramos con indiferencia que muriese de consunción? ¿I para qué entónces la municipalidad invirtió tantos miles en una obra que forma nuestro orgullo? Muchas noches se ve el teatro desierto, con vergüenza de nuestra sociedad, i los gastos sin embargo son los mismos porque todos son fatales.

No anden con mezquindades los representantes del pueblo, i si quieren hacer un positivo servicio a la capital, concedan la pequeña suma que solicitan anualmente los empresarios del teatro municipal.

Ya se va desarrollando entre nosotros la industria en las mujeres: esta semana un buen clérigo por condolerse de las fragilidades de una prójima, ha caído en una gran fragilidad. La tal prójima se hizo la pudorosa, la inocente, la seducida, i trató de explotar los jenerosos sentimientos de su confesor. Este que vió a sus pies bañada en amargo llanto a esa Lucrecia, víctima de un iracundo i antropófago Tarquino, próxima a recibir sobre sus delicados miembros una paliza paternal i punzantes sermones maternos, se llenó de aflicción i trató de aliviar la situación penosa de esa paloma espantada de su casucha por un cruel milano. Después de oír algunos brevíarios i de consultar respetables opiniones, aconsejó convenientemente a la seducida paloma. Esta suspiró i después de derramar algunas lágrimas de arrepentimiento, le sacó al clérigo algunos pesos para poder procurarse algun consuelo en su oscuro i solitario albergue.

El clérigo que fácilmente daba sanos consejos con el mayor candor de este mundo, se volvió suspicaz i malicioso cuando se le pedía también reales. Siguió la pista a la paloma,

i descubrió el pastel. La inocente seducida era una *china* de muchos alcances, i hoy se encuentra llorando su *deshonra* en la casa de corrección; digna morada para estas cándidas aves.

Hasta ahora nos habia faltado espacio i tiempo para hablar de una notabilidad que forma todo el orgullo del teatro municipal; de una notabilidad como hasta ahora no habíamos tenido otra parecida en su jénero, que tiene la virtud de embargar la vista i de jugar a su antojo con el corazón i la mente de los espectadores. Esta notabilidad, este orgullo del teatro, este conjunto de todas las gracias, es la *Tierry*. En esta ocasión le sacrificamos gustoso nuestro tiempo, pues en nuestros números anteriores apenas hemos dicho de ella una palabra.

Sí, porque para hablar de las notabilidades debe emplearse, una palabra o un libro. Esas críticas de cuatro renglones, se emplean regularmente para elojiar por compromiso, para advertir, reprender o vituperar a un artista; cuando no tienen por objeto llenar un hueco en las crónicas de los periódicos: pero jamás deben emplearse para hablar de artistas como la *Tierry*, que no buscan, que no ambicionan la aprobación de los necios, sino las ovaciones de los pueblos civilizados; que no quieren estímulos, sino recompensas debidas i justas; que no esperan triunfos momentáneos, sino que marchan al porvenir por la senda de la gloria, que la civilización, el buen gusto, el talento, van sembrándoles de flores.

Periodistas, no confundais en vuestras crónicas a la *Tierry* con los partes de la policía i las boticas i matronas de semana, porque deshonrais el arte; cuando os ocupeis de ella, decid simplemente:—*Anoche bailó la Thierry: la funcion, pues, estuvo magnífica!*

Ya que no es posible que escribamos aquí un libro, porque esto de escribir libros no es lo mismo que echar discursos en la cámara de diputados, escribiremos con verdad, con convicción, con entusiasmo cuanto se nos ocurra en elojio de la mejor artista coreográfica que hasta ahora hayamos admirado. Si alguno encuentra exajeradas nuestras espresiones, que piense en el tono de admiración con que se ha hablado siempre en la Europa de la *Rachel*, de la *Jenni Lynd*, de la *Taglione* de la *Ristori*, de *Lola Montes*, i de todas las notabilidades líricas, cómicas, coreográficas, etc. i la *Tierry* es sin disputa tan célebre como cualquiera de las que dejamos citadas.

Esta artista ha hecho un estudio profundo del baile i sabe cuanta es su influencia en las sociedades que se distinguen por su buen gusto en las artes: está en posesión de todos los secretos que encierra, de todos los resortes que envuelve, de todas las májias que oculta, i con una maestría admirable va poniendo en juego todos sus encantos. Pero no solo cautiva i seduce a los apasionados a este arte, sino que hasta hemos visto nosotros a un inglés con los ojos fijos en ella i de tal modo

enajenado, que cualquiera hubiera creído que estaba contemplando la entrada de un buque de su pertenencia cargado de mercaderías propias en un día de tempestad. ¡Esto no es broma. La *Tierry* domina completamente todo el espacio del teatro; el proscenio con su baile, i la platea i los palcos con sus gracias.

Es aérea i corta el aire con tanta suavidad i tan cadenciosamente, que es la verdadera *Tersicore en la tierra*. Perfectamente formada, de cuerpo pequeño i de rostro agradable i simpático, ha nacido para brillar en su arte i ejercer gran influencia sobre sus espectadores.

Cuando preocupado el espíritu por una escena triste i lúgubre, lo fatigado por los inútiles esfuerzos de algunos actores para sacar lucidas a sus víctimas, es decir, a los autores, se presenta la *Tierry* con su sonrisa encantadora i quebrando su cintura, desaparecen todas las desagradables impresiones, i nada existe ya en derredor nuestro, sino la diosa del baile con su cortejo de visiones, de fantasmas celestes i de armonías, que forman el trono don de va a reposar de las fatigas de la danza.

La poesía ha tenido siempre un influjo inmenso, irresistible sobre todos los corazones, i la *Tierry* es poeta, demasiado poeta en su arte.

¿Qué dificultad no vence? ¿qué paso en ella no es estrictamente severo i fácil? ¿qué movimiento suyo no es cadencioso? Apareciendo en una nube, es como aquellas ilusiones que vienen con los primeros engaños de la vida i que encantan la primera edad: apareciendo en un lecho de flores, es como esas esperanzas seductoras que brotan al fuego de las miradas de la persona que se ama; bajando por los aires, es como esos recuerdos que bajan a la mente ahuyentando las penas i perdiendo el pensamiento en otra estación mas feliz.

La *Tierry* parece dotada de una fuerza admirable en sus músculos i baila toda la noche sin que el cansancio se haga sentir en sus pasos i movimientos. No se esfuerza para ejecutar, i naturalmente se desliza, va i viene, se eleva en un trezado o se oculta en si misma descendiendo en una postura difícil i graciosa.

En todos los bailes que ha ejecutado esta semana ha estado sublime, ya en una complicada i grave danza francesa, ya luciendo sus picantes gracias en danzas españolas. El jueves entusiasmo como nunca.

¿I donde estaba el público de Santiago? ¿que se hizo esa noche? La *TIERRY* bailaba i habia palcos vacíos i muchas lunetas desocupadas? ¿Que no será verdad que somos un pueblo civilizado? Debemos cubrirnos de vergüenza! ¿Una notabilidad artística se ha exhibido una noche en Santiago de Chile teniendo apenas espectadores! Pero el público sin duda, estaba ignorante de la funcion; no vió en tiempo los anuncios.

Que en adelante los bailes de la *TIERRY* formen una verdadera revolucion en el teatro, que de seguro no habrá fiscal que se encargue

de procesar a nadie porque las revoluciones que forman el buen gusto i la civilizacion, no van a espirar en las cárceles, sino que tienen bellas consecuencias en el porvenir de los pueblos. Mientras tanto, los que no asistieron el jueves al teatro, tengan una pena cruel, por haberse privado de goces positivos i sin desencanto, en este tiempo en que cada placer importa, cuando no un sacrificio, un remordimiento.

El *Domino negro* que se ha dado esta semana en el Teatro Municipal, de gran mérito. sin duda, i de bellas dificultades, quien sabe, no ha gustado al público. La composicion francesa que se exhibió en vez pasada, agradó mas que la presente compuesta por Rossi. Puede ser que en el disgusto del público haya entrado i con mucho la mala reparticion de los papeles. En otra columna se leerá la revista teatral, que desde este número empezamos a publicar, i allí podrán nuestros lectores ver un juicio exacto de nuestros espectáculos teatrales.

La compañía dramática ha representado en el mismo teatro la comedia titulada *Verdades amargas*, i cuya representacion nos puso de manifiesto una *verdad amarga, pero una gran verdad*; que el público de Santiago es incomprendible en sus gustos i poco se afana por recompensar el mérito de los artistas, pues esa noche apenas habia jente en el teatro. Sin embargo, la funcion estuvo buena. Gomez desempeñó su papel con bastante naturalidad, i aun que el rol que desempeñaba la señora de la Rosa, no es para que se luzciera nadie, el mérito de la artista se dejaba comprender perfectamente. Esta actriz tiene mucha posesion de teatro i gran talento. La otra verdad de las *verdades amargas*, es, que hoy día un diputado, es..... lo mas insignificante, *cualquier cosa*. ¿Que desvergüenza!

Los empresarios debian contratar a O'Loghlin i Gaitan con sus señoras i unirlos a Gomez i la Rosa, con algunos otros, i formar una compañía que, estamos seguros, llamaria siempre la pública espectacion, i la que alternativamente funcionaria con la compañía lirica. Teneinos certidumbre del buen éxito i de las ventajas que les reportaria.

El viernes se dió en el establecimiento de educacion que lleva el nombre de San Luis, una comedia de aficionados. Fué mui aplaudida i celebrada. La comedia fué *don Francisco de Quevedo*; un jóven hizo de la princesa Margarita, i llevaba una gran crinolina i bota fuerte; otro, de la reina i estaba vestido tambien con crinolina, un velo trasparente a la cabeza i con botas. Estos jóvenes han anticipado las modas para señoras que deben llegar dentro de pocos meses.

J. A. TORRES.

Revista del Teatro lirico.

Stabat Mater.—Principiamos nuestra revista lirica dando cuenta de esta bellísima produccion del fecundo Rossini, dada el sábado

24 del corriente, Prescindiendo de lo inoportuno de la representacion de una composicion de un carácter tan sério como la que nos ocupa, i de la ocurrencia, demasiado mundana, de acompañarla con bailes, diremos: que el cuarteto de introduccion acompañado de los coros, estuvo bastante bien ejecutado por las señoritas Fabri i Wideman i los señores Benedetti i Domenech. Igual cosa podriamos decir de los coros, si estos hubieran tenido el tiempo necesario para aprender sus partes, i lo mismo para hacer algunos ensayos mas con la orquesta, lo que creemos no habrá sido posible por el recargo de trabajo para preparar nuevas óperas.

La segunda pieza, era una ária, cantada por el señor Benedetti: fué interpretada por este artista con mucha expresion i afinacion perfecta.

Siguió un Duetto, cantado por las señoritas Fabri i Wideman, cuya ejecucion habria sido irreprochable, a no haberla deslucido un trino que estas dos excelentes artistas hicieron al fin de la cadencia con que termina este trozo. Parece escusado decir que si el trino no es perfectamente ejecutado, mas vale omitirlo, i con mucha mas razon si es a duo.

La pieza siguiente fué una ária, ejecutada por el señor Domenech. Este simpático artista se hizo aplaudir, i con sobrada justicia; pues la cantó con fuego i expresion, i sentimos infinito decir tambien que si hubiera omitido un trino que hizo a la mitad de su ária, habria agradado mucho mas.

El gran cuarteto cantado por las señoritas Wideman i Fabri i los señores Domenech i Benedetti es bellísimo, i fué interpretado por los citados artistas admirablemente, arrancando entusiastas bravos.

La cavatina siguiente cantada por la señorita Wideman, fué expresada por esta artista maestra, con sentimiento i ternura, siendo visible el interes con que el público la escuchó.

El bellísimo trozo cantado sin acompañamiento de orquesta, fué perfectamente ejecutado, no obstante la dificultad de entonacion que presentan esta clase de composiciones, i particularmente esta, en que abundan las modulaciones inesperadas. Esto, entre los artistas, se considera con razon como una gran dificultad.

—El miércoles 28 se puso en escena la nueva ópera cómica *el Dominó negro*, del maestro Rossi. No podemos anticipar ningun juicio a cerca de ella, pues no la hemos oido mas que una vez. Sin embargo, hai un bonito coro que fué medianamente ejecutado, i una graciosa cavatina perfectamente cantada por el señor Benedetti.

La señorita Bardoni habia estado enferma algunos dias ántes, i creemos que esa noche todavía lo estaba, i a ese motivo debemos atribuir el que no haya podido lucir como otras veces, su agradable i brillante ejecucion.

Esta ópera ha sido oida con frialdad por el

público, i nos atrevemos a creer que no será la que dé mas producto a la Empresa.

A propósito, nos tomamos la libertad de dar un consejo a la Direccion, i es: de no poner nunca en escena óperas bufas, por que el público no gusta de ellas. El Barbero de Sevilla es de un mérito indisputable, i goza de inmensa fama en el mundo musical; pero aquí ya es preciso archivarlo por diez años a lo ménos. En el repertorio de Donizetti hai todavia muchas óperas que podia poner en escena con buen éxito, como Lucia, Ana Bolena, Marino, Belisario, etc. etc. i muchas del repertorio de Verdi, como I Due Foscari, Traviata, etc.

Senaro Martin.

Últimas modas de Señoras.

Traje de señora Casada.—Vestido de tafetan color de malva, adornado sobre los costados con encañonados formando quillas. Cuerpo alto sin bascas, cerrado por un encañonado i por bellotas de pasamanería. Mangas de pliegues con un jockey encañonado, plegado en el hombro i en la manga. Cuello de punta de aguja; mangas cerradas en el puño, con volante de encaje, cayendo sobre una punta verde en forma de roseta; guante de paja; botitas con garnicion de encaje; sombrero de crespon blanco con fondo sencillo rodeado con una guirnalda de verduras i granitos encarnados; cinta de gró verde azoff, i en lo interior un ramito verde que venga bien con la guirnalda.

Traje de soltera. Vestido de matiz de la Habana i gró de Tours, con tres volantes a disposicion i tiras de moaré antiguo tinte sobre tinte. Cada volante está guarnecido de una guipure negra. Cuerpo con basca describiendo por delante un chalequito. Los adornos del talle guarnecido con un encaje pequeño; tirantes cruzados de cinta de moaré antiguo i encaje; mangas con bullonés forrada de moaré antiguo; cuello de punto de Inglaterra, guantes grises claros, sombrero de crespon azul adornado de blondas i franja de plumas azules; todo al rededor del sombrero i el interior; un cordoncillo azul i cinta del mismo color para atarle: botitas de color de castaña de moaré antiguo (con talones) i gnarnecidos encima con un encaje de Chantilly formando un lacito.

En los próximos números daremos los siguientes.

Suplicamos a nuestros suscritores que no reciban el «Correo» el domingo presisamente, se sirvan avisarlo a la agencia, para poder multar a los repartidores, pues recibiendo el periódico en la mañana del domingo, tienen la responsabilidad de la exactitud del reparto.

LOS EDITORES.

Agencia en Valparaiso. Libreria de don Emilio Audois.

IMPRENTA DEL CONSERVADOR, PLAZA DE ARMAS.



He aquí el programa de mi política. — ¡Como!, dos renglones? — ¡Y que! ellos importan el trastorno de toda nuestra carta fundamental. — Eso es demasiado para la época i muy poco para tener suceso.